

LA DEHESA

Blanca Amelia Marques

A la sombra de las encinas, donde se refugia del sol de mediodía, Rogelio recuerda el frescor del balde de zinc golpeando sus piernas cuando iba a por agua a la fuente de la plaza. Ese mismo balde donde su madre restregaba su piel hasta dejarla roja los domingos. El chorro de agua cayendo sobre su cabeza, la espuma del jabón casero entrando en sus ojos enrojecidos. Ahora sus ojos enrojecen de vejez, cansancio y tristeza. Se sabe el último. Su hijo Cosme se fue a Cáceres, después de estudiar se volvió señorito y el olor a cerdo le revolvió las tripas.

Con Carmen nunca contó. Qué saben las mujeres de pjaras, del olor de la dehesa. Ese aroma a retama y alcornoque, a hierba húmeda y al rocío enredado en las guedejas de los borregos que se arriman a las cálidas ubres de sus madres. ¡Cuántas veces había bebido de esas tetas, a morro, sin miedo a bacterias ni zarandajas! La leche salía caliente y ligeramente salada.

Ahora todo son prohibiciones, leyes, decretos que le embarullan la cabeza. Si aquellos que dictan las leyes se les ocurriera por un momento preguntar o acercarse allí... Ver la importancia de que sus cerdos paseen por la dehesa, que sus ovejas pasten. Que los bueyes de Benito sigan dando empaque a la pradera verde. Pero ellos no saben nada. Nadie se acuerda de ese pequeño rincón extremeño, verde y pardo.

Se levanta con trabajo, se enjuga la frente y se cala la gorra. Mira la extensión verde que parece infinita a sus ojos, heridos por el sol. Echa a andar hacia la casa, pensando que, quizás, si trae a Carmen ante aquella inconmensurable belleza, la esperanza no estuviera perdida del todo.